

IV.

Doña Clara contó á su hija ligeramente y llorando lo que le habia acontecido con su vecina doña Rita. La pobre señora no pensaba que estaba hablando con una niña de trece años, y su corazon, que se rompía y necesitaba desahogarse, se exhaló en amargas quejas.

Mercedes la oia llorando tambien: su gracioso semblante, desfigurado por una contraccion dolorosa, expresaba la más grande afliccion.

De repente se oyó un canto fresco y melodioso entonado por una garganta de sorprendente agilidad.

Era una voz jóven, encantadora: de un acento admirable y lleno de dulzura y poesía.

Doña Clara, absorta en su pena, no la oyó; pero la fresca carita de Mercedes se vistió de alegría, así como el cielo se vistió de dorados reflejos cuando el sol sale de entre el lecho de pardas nubes donde suele ocultarse.

Luego, y sin que su madre se apercibiese de ello, salió ligeramente del cuarto, y continuando la escalera que llevaba al descansillo donde estaba situada la puerta de su vivienda, se halló en un aposento muy bajo de techo, que era ni más ni ménos que una boardilla, inhabitada por sus malas proporciones y su posicion insalubre.

Aquella boardilla tenia una ventana estrecha y muy baja que salia al tejado de la casa.

Mercedes corrió á ella sin vacilar: salió al tejado, que ya comenzaba á humedecer el rocío de la tarde, y miró con ansia hácia todos lados.

El crepúsculo extendia ya su incierta luz, pues eran las siete de la tarde: el tejado, húmedo, dejaba ver entre sus grietas un tinte verdoso y algunas yerbecillas nacidas allí por efecto de la lluvia.

Era el tejado muy extenso, indicio de la

gran anchura y capacidad de la casa: por el lado donde se hallaba Mercedes, muchas chimeneas señalaban las diferentes habitaciones, y no muy lejos se alzaba la esbelta torre de una iglesia vecina.

Á este tejado se hallaba unido el de la casa inmediata por medio de fuertes vigas cubiertas con yeso, y sobre estas vigas se abrían otras ventanas más anchas que las de Mercedes y que presentaban muy distinto aspecto.

Eran dos, bajas y un poco anchas como lo son casi todas las ventanas de esos risueños aposentillos, colgados en lo alto de las casas como los nidos de los pájaros.

Las puertas de vidrios, engastadas en marcos de madera azul barnizada, estaban cubiertas por blancas cortinillas de muselina lisa, recogidas por lazos de cinta azul.

Delante de una de las ventanas, la primera, había una maceta de porcelana blanca, muy elegante, cubierta de follaje verde, entre el cual asomaban ruborosas algunas violetas de aterciopelado color, y cuyo aroma llegaba hasta donde se hallaba Mercedes.

Junto á aquella ventana se hallaba sen-

tada una jóven que no pasaria de los quince años y que era en extremo hermosa.

Largos rizos rubios caían por sus mejillas, blancas, suaves y teñidas con un leve color de rosa: sus ojos azules tenían la calma y suavidad del cielo en un bello día de otoño.

Llevaba un vestido blanco y liso sujeto á su talle delicado y flexible con un cinturón de moaré color de violeta, y en su pecho lucía un ramillete de las mismas flores.

La jóven estaba inclinada sobre un caballete donde había un lienzo extendido, en el cual pintaba con gran atención, aprovechando las últimas horas de luz.

La brisa de la tarde pasaba por entre los sedosos bucles de sus cabellos dorados, acariciándolos blandamente.

La estatura de aquella jóven era alta, esbelta y admirablemente proporcionada: sonreía trabajando como si gozase de una felicidad infinita, y de cuando en cuando soltaba un trino armonioso y lleno de dulzura.

Mercedes fijó, por fin, sus ojos en aquella ventana, y lanzó un ligero grito de alegría.

—¡ Esther! exclamó acercándose con la

misma ligereza que si hubiera andado por piso llano.

—¡Ah!... ¡Mercedes! ¡Eres tú! dijo la joven artista levantando la cabeza del caballete.

—Sí... yo soy: te oí cantar y creí que estarías en el tejado.

—Me he entretenido con este ramillete de violetas y jacintos: mira.

Y la joven hizo señas á Mercedes para que contemplase lo que estaba haciendo.

—¡Ay, qué feliz eres, Esther! exclamó Mercedes con un suspiro: tú pintas flores; ¡tienes flores y alegría, y yo!...

El llanto cortó el acento de la pobre niña.

—¿Qué te pasa? preguntó Esther alarmada: ¿por qué lloras así?

—Ya sabes que mi hermano ignora que somos pobres, porque mamá y yo ponemos el mayor cuidado en engañarle.

—¡Sí, Mercedes! ¡Sois unas santas!

—¡No todos piensan así! dijo la niña enjugándose las lágrimas: figúrate que esta tarde dijo que quería ir al teatro y á palco bajo... Ya se ve, como cuando papá vivía estaba acostumbrado á ir siempre así, ahora no hay quien le hable de ir á un asiento modesto.

—¡Y bien!

—¡Y bien! ¡No había un cuarto en casa! No me da vergüenza de decírtelo, Esther, porque tú eres mi amiga, la única que tengo.

—¡Sí, yo soy tu amiga! repitió la bella pintora sentándose al lado de Mercedes sobre las húmedas tejas.

—¡Por eso te lo cuento todo! repuso la niña; ¡y además te lo cuento porque, si no, se me rompería el corazón de dolor y de angustia! No tengo con quien hablar, porque mamá está tan afligida que solo necesita de consuelos, y contigo únicamente puedo desahogar mi pena; pero es muy tarde y van á llamarme.

—Acaba de decirme lo que te aflige tanto.

—Pues bien; mamá, viéndose apurada por la repentina pretension de Guillermo, y no sabiendo qué hacer, bajó á casa de la vecina del cuarto segundo para ver si le quería prestar ochenta reales.

—¿Quién? ¡Esa vieja egoísta prestar? exclamó Esther con una carcajada no menos dulce que su canto. ¡Ay, Dios! ¡Pues si nó llama un pobre á su puerta que salga socorrido! ¡Dos cuartos de limosna le duelen,

y quería tu mamá que le prestase cuatro duros!

—No sabia á dónde acudir...

—¿Y se los negaría, verdad?

—Se los negó.

—¡Es claro! ¡No podía hacer otra cosa! Por tener tan perverso corazón se ha quedado para hacer cofias á Santa Ana: ¡hasta sus criados son ridículos! ¿Querrás creer que porque me oyen dar lección de música dicen que soy cantatriz del teatro?

—¿Cómo puede ser eso, si las señoras que cantan en el teatro son tan altas y tan gruesas, y de más edad que tu mamá! observó cándidamente Mercedes.

—Ahí verás si esa gente carece de sentido comun; pero vamos á ver, ¿cómo saldrá tu pobre mamá del apuro en que está para llevar á tu hermano á la comedia?

—¡Ay! No lo sé, dijo Mercedes con desaliento: no tiene medio de realizar ese deseo; y no es eso lo peor.

—¿Pues qué más hay?

—¡Mi hermano ha empezado ya á sospechar nuestra pobreza!

—¡Dios mío! exclamó Esther alarmada.

—¡Ha conocido, por fin, que los pobres

cuadros que adornaban nuestras paredes no son los magníficos cuadros al óleo comprados en Venecia y en Mántua por mi padre! Que mi madre y yo usamos trages de india-na en lugar de las sedas y encajes que usá-bamos en mejores tiempos, y que no hay un solo criado en la casa!

—¡Oh! ¡Es preciso desvanecer sus dudas! dijo Esther levantándose.

—¡Pero, cómo, cómo! repuso Mercedes con angustia.

—¿Cómo? ¡Ya verás! Yo puedo ayudarte.

—¡Tú!

—¡Sí! Dios pone mucho de su parte para el alivio de los que sufren y son buenos, y hoy me ha dado á mí un medio para que pueda aliviar tu dolor. Espérame aquí.

Esther saltó desde la ventana á la silla donde habia estado sentada delante del caballo, y un instante despues Mercedes la oyó bajar corriendo la escalera.

—¿Á dónde irá? se preguntó la pobre niña, que quedó inmóvil.

Luego, llevando á la frente su mano delgada y ajada por las rudas faenas de la casa, añadió con un suspiro de consuelo:

—¡Ay! ¡qué peso se me quita de aquí!

Después quedó pensativa esperando á Esther con una impaciencia febril.

Veía que la luz de la tarde había ido dando lugar á las sombras de la noche; de cada balcon, que se distinguía á lo lejos, de cada ventana, que poco antes parecía un ojo negro, salía una luz brillante en medio de las tinieblas.

Rodaban los coches que se dirigían á los teatros, y los vendedores de los periódicos atronaban con sus gritos las calles vecinas.

Oyéronse, por fin, los ligeros pasos de Esther, que subió la escalera precipitadamente.

Á pesar de la casi oscuridad que reinaba, Mercedes pudo ver la alegría escrita en el rostro de su amiga: esta saltó al instante sobre la silla en que había estado sentada, y salió al tejado donde Mercedes se hallaba aún.

Era tan comedida, tan delicada la pobre niña, que no se había atrevido á penetrar en el aposento donde pintaba Esther.

Esta, no bien se halló junto á Mercedes, sacó de su bolsillo un paquetito.

—Toma, le dijo: aquí tienes un palco ba-

jo para el teatro del Príncipe y tres entradas. Mamá había enviado á buscarle para ir conmigo y con mi aya, pero le he contado tu apuro y me permite cedértelo.

—¡Ah, qué fortuna, Dios mío! exclamó Mercedes dando saltos de alegría sobre el tejado con riesgo inminente de caerse al patio. ¡Qué contenta va á ponerse mi pobre mamá!

—Toma además, continuó Esther: aquí tienes dos napoleones que mamá me regaló ayer, por ser día de su cumpleaños, para que comprese un abanico.

—¿Pero vas á quedarte sin él?

—¿Eso qué importa? Tengo ya muchos.

—Voy corriendo á llevar esto á mamá, y no te doy las gracias por lo que has hecho por mí, porque sé que en ello eres tú más feliz que yo.

—Es verdad.

—¡Adios, pues! Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Las dos amigas se abrazaron con ternura, y Mercedes cruzó rápidamente el tejado: entró en la boardilla, y bajando la pequeña escalera que conducía á su habitación, volvió á penetrar en ella.

Encontró á su madre en el mismo sitio en que la habia dejado.

La infeliz señora, anonadada por su dolor, no habia tenido fuerzas ni aun para moverse de su asiento.

Mercedes echó en la falda de su madre el paquete de billetes y los dos napoleones, y le contó ligeramente lo que habia pasado.

—¡Ah, hija mia! exclamó doña Clara, ¡Dios te bendecirá por el consuelo que hoy das á tu pobre madre!

Inmediatamente entró en la sala, de la cual aún no se habia movido su hijo, y le dijo con voz alegre:

—Vamos, Guillermo; que te ponga Mercedes la levita, pues va á venir el coche para llevarnos al teatro. Yo voy á vestirme.

Estas palabras disiparon las negras nubes que cubrian la tétrica fisonomía del ciego: púsose en pié al instante, y gritó alzando al cielo su mirada sin luz:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Me habia equivocado!

Doña Clara, en vez de ir á vestirse, segun habia dicho á su hijo, salió de su casa y fué

al sitio de coches más inmediato para tomar uno que la condujese, con sus hijos, al teatro.

Media hora despues, y en un palco bajo del teatro del Príncipe, ocurría una escena que tenia tanto por lo menos de extraña como de triste.

En el antepecho, y de espaldas al escenario, un jóven de hermosa fisonomía, pero ciego, parecia escuchar con suma atencion los interesantes diálogos, las escenas desgarradoras de *La alquería de Bretaña*.

Aquel jóven permanecía inmóvil, con la mejilla apoyada en su mano, blanca y diáfana como si fuera de nácar.

De vez en cuando, una lágrima se desprendía de sus grandes ojos, inmóviles y tristes, y rodaba por sus mejillas, vestidas de una palidez aristocrática, hasta perderse en su fino y rizado bigote, color castaño claro.

Aquella lágrima furtiva, y 'al parecer tan amarga, ¿era arrancada por las situaciones del drama, ó por el martirio de sus propias reflexiones?

Nadie hubiera podido decirlo.

Todo era extraño, en verdad, en aquel jóven.

Su delicada belleza, la gallardía de su figura, el sello de hondas penas grabado en su semblante, y sobre todo, lo raído y miserable de su traje, de anticuada forma y extremo deterioro.

Hacia el interior del palco se divisaban dos cabezas de mujer.

Dos bellas cabezas: abatida la una, y la otra curiosa, infantil y alegre.

Eran las de la madre y la hermana de Guillermo, pues ya habrán conocido mis lectores al jóven del antepecho.

La pobre madre, rendida por los dolores que la habian acosado durante el dia, agobiada por sus tristes presentimientos, y avergonzándose además de su mísero traje de percal descolorido, se habia sentado en la parte más oscura del palco, y allí procuraba sustraerse á las curiosas miradas de la concurrencia.

En cuanto á Mercedes, el afan de ver algo del drama le hacia adelantar la cabeza, si bien por un sentimiento de doloroso rubor, parecido al de su madre, ocultaba todo lo posible su más que humilde traje.

La hermosa niña no llevaba adorno alguno en la cabeza; y las dos espesas bandas de cabellos que bajaban desde sus sienes, iban á reunirse en la gruesa y sedosa trenza enroscada con infantil coquetería en la parte posterior.

Daba pena ver la expresion de medroso rubor, de doloroso encogimiento que dominaba en aquella cabecita tan preciosa, tan fresca, tan risueña. ¡Ay! ¡el sufrimiento y las privaciones imprimen un sello indeleble hasta en la misma infancia!

Enfrente de aquel palco habia otro que estaba ocupado por tres personas que no apartaban sus miradas de doña Clara y de sus hijos.

Eran una señora como de cuarenta años de edad, un caballero que podria tener cincuenta, y nuestra amiga Esther.

Indudablemente aquellas dos personas eran sus padres: conociase á primera vista por la ternura con que la miraban y por la confianza con que les hablaba ella.

Esther vestia, con una elegancia llena de frescura, un vestido de *foulard* celeste con cuadritos blancos, una camiseta y unas mangas de encaje.

Hubo un instante en que Mercedes fijó la mirada en aquel lado y vió á su amiga.

Su primer movimiento fué de alegría; pero, al ver el lindo traje de Esther, pensó en el suyo, y bajó la cabeza ruborizada, no atreviéndose á saludarla.

En aquel instante y como para disipar los pensamientos dolorosos de la pobre niña, oyó que decían á su espalda:

—Mire V., condesa, esa niña que tanto llama la atención por el primor con que canta y pinta.

—¿Es aquella de enfrente? dijo otra voz.

—Sí, la misma; ya sabrá V. cómo se la apellida á causa de su belleza, de un género muy extraño sin duda.

—Lo sé: la llaman *el Ángel de los tristes*.

—Es cierto: su verdadero nombre es Esther de Valladares.

—¡Valladares! repitió doña Clara saltando convulsivamente en su asiento y volviendo su semblante desenchajado al sitio de donde había salido la voz que pronunciara aquel nombre.

Solo vió en el palco inmediato á dos elegantes damas que hablaban con tranquilidad y que en aquel instante flechaban sus

lentes á un palco de platea del otro lado del teatro.

La señora de Rocamora siguió la dirección de su mirada y fijó la suya en el mismo punto.

—¡Hija! dijo levantándose y asiendo por un brazo á Mercedes: hija mía, ¿es aquella la jóven á quien tú hablas desde la boardilla de casa?

—¡Sí, mamá! contestó Mercedes atemorizada, porque había dicho á su madre que se hablaban de ventana á ventana y no que ambas se paseaban por el tejado como dos gatas revoltosas.

—¿Es ella quien te ha dado los billetes para venir aquí y los dos napoleones que me has entregado?

—¡Sí, mamá! Me los echó envueltos en un papel y liados con una cinta.

Mercedes, al decir estas palabras, bajó la cabeza casi sofocada de vergüenza por aquella nueva mentira; y sin embargo, el objeto de ella era bien inocente.

Temía que si su madre sabía que veía á su amiga Esther paseando el tejado, le cerrase la puerta que conducía á las boardillas.

De repente la fisonomía de doña Clara, que, durante el tiempo que habia empleado en hacer las preguntas anteriores, habia retratado una dolorosa indignacion, cambió de expresion retratando un abatimiento triste y profundo.

—¡Estoy loca! dijo: ¡no! aquel hombre no es el que me ha arrebatado la fortuna de mis hijos por medio de una quiebra supuesta, y despues por medio de un pleito injusto. ¡No, no es él! y sin embargo... ¡qué semejanza!

El sordo movimiento que produjo el público al dejar sus asientos, cortó los pensamientos de doña Clara.

El drama habia terminado.

—Mamá, ¿vamos á casa? dijo Guillermo, que en el baile se aburría.

Estremecióse su madre, pero contestó haciendo un esfuerzo para parecer serena.

—Vamos, hijos míos.

Al mismo tiempo, Esther y las personas que la acompañaban se levantaron tambien de sus asientos.

El anciano cubrió los hombros de la señora de más edad con una capa de piel de marta y los de Esther con un albornoz de

armiño, y salieron al corredor á la vez que doña Clara y sus hijos.

Mercedes y su madre llevaban, por todo abrigo, unos viejos y pequeños pañuelos de lana negra, claros como el linon, en fuerza del uso.

Guillermo iba envuelto en una capa muy vieja, pero que afortunadamente él no podía ver.

La familia de Rocamora se halló en el corredor frente á frente con la de Valladares.

Esta brillante, cubierta de galas y perfumes.

Aquella pobre, miserable, hambrienta.

Doña Clara dobló la cabeza con profundo dolor, y acudió á dar el brazo á su hijo para que bajase la escalera.

En cuanto á Mercedes, al pasar al lado de su amiga, halló una manecita, cubierta de un blanco y delicado guante, que estrechó la suya.

Doña Clara y sus hijos llegaron antes al fin de la escalera, porque los señores Valladares les habian cedido el paso con ese respeto que siempre se debe á la desgracia.

Al llegar á la puerta, la señora de Roca-

mora tendió los ojos por toda la extensión de la calle para ver si divisaba algún carruaje de alquiler, pero en vano. Madrid está escaso de coches en ocasiones determinadas, y la numerosa concurrencia de aquella noche los había invadido todos.

Solo uno se veía parado enfrente de una de las puertas del teatro.

Era una berlina azul, elegantemente forrada de raso blanco, y tirada por dos hermosos caballos tordos.

En el pescante había un cochero, y á su lado estaba vacío el asiento del lacayo, que esperaba en pié para abrir la portezuela.

—¡Dios mio! No hay ningún coche, Guillermo, dijo con desconsuelo doña Clara.

—Mis padres me mandan decir á V., señora, que tendrán mucho honor en que usted acepte nuestro carruaje, dijo á este tiempo la dulce voz de Esther detrás de doña Clara.

—¡Gracias, hija mia! respondió la pobre señora, que en aquel momento todo lo olvidó ante la alegría de tener un poco de comodidad para su hijo. ¡Gracias! No en vano la llaman á V. *el Ángel de los tristes*.

La señora de Rocamora condujo á sus hi-

jos al elegante carruaje: el lacayo, con el sombrero en la mano, abrió la portezuela: la cerró así que madre é hijos se hubieron colocado, y, después de ocupar su asiento, tomó el cochero las riendas, y los briosos caballos partieron al trote, arrancando chispas del pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V.

El Dr. Valladares, que ocupaba el cuarto segundo de la casa que daba frente, por el lado del pasadizo, á la habitacion de la familia Rocamora, no tenia ya más hija que Esther, de los diez con que el Todopoderoso quiso bendecir su matrimonio.

Era aquella la última, y por lo mismo y por la circunstancia de ser la única que quedaba al lado de sus padres, la amaban estos con idolatría.

Aquella preciosa criatura reunia todas las ventajas que podian enorgullecerles: á una belleza verdaderamente admirable, un talento prodigioso, las dotes de una gran artista y la más rara bondad.

Era su carácter jovial, animado y lleno

de ternura; y habia en sus gustos una sencillez tan extremada, que más parecia una niña criada en el campo, que en medio del tumulto de Lóndres, Paris y Madrid.

Su padre, apóstol de la ciencia, residia ya en una, ya en otra de estas tres capitales, segun el ejercicio de la misma se lo ordenaba; y á donde quiera que fuese, siempre le seguian su esposa y Esther, que ni un solo dia se habian separado de él.

El doctor gozaba de una fortuna regular, ó más bien, bastante pingüe; pero una buena parte de sus haberes la consumia la inagotable caridad de su esposa y de su hija, con gran contento suyo, pues era el hombre de mejor corazon del mundo.

Hacia algunos años que la frente del doctor Valladares se habia agobiado de repente por una profunda tristeza.

Arrugas muy hondas habian aparecido en ella, y sus cabellos, muy negros aún, se habian cubierto, en el breve espacio de algunos meses, con un velo de plata.

¿Qué era lo que habia originado en aquel hombre excelente un cambio tan triste y repentino?

Voy á decirlo á mis lectores.

El doctor tenía un hermano, menor que él, y banquero en Madrid: siempre se habían amado ambos con la mayor ternura, y seguían una correspondencia muy activa y verdaderamente fraternal.

El banquero, ya de edad de cuarenta años, no había querido nunca casarse: tanto era lo que le ocupaban los negocios mercantiles, que le absorbían todo su tiempo; y tanto lo que amaba á su familia, que no dejaba aquel amor lugar en su corazón para una nueva ternura.

Hallábase el doctor en París á fines del año 185... cuando un día que, según su costumbre, leía los periódicos por la tarde sentado junto á la chimenea, su esposa y su hija, sentadas enfrente de él, vieron temblar sus manos y volverse lívido el color de su rostro.

Un instante después, el doctor dejó escapar un agudo grito y cayó privado de sentido con un violento ataque nervioso.

Cuando el primer susto se hubo calmado algún tanto; cuando acostado ya en su lecho reposaba de su terrible emoción, su esposa tomó el periódico para buscar la causa de aquella horrible sacudida.

Poco tardó en encontrarla: en la sección que tenía por epígrafe *Noticias extranjeras*, halló un párrafo que decía así:

«El banquero español Sr. Valladares se ha presentado en quiebra y ha huido no se sabe dónde.

»El dependiente principal de su casa ha sido quien ha recibido á los agentes del tribunal, y con una abnegación, digna de más noble causa, ha negado saber el paradero del Sr. Valladares.

»En consecuencia, ha sido preso; y la justicia no descansa un instante para alcanzar al culpable, y dar siquiera el consuelo del escarmiento, que merece su mala fé, á las muchas familias que ha dejado sumergidas en la miseria.»

Cuando el doctor dejó el lecho, no nombró siquiera á su hermano; pero supo demasiado que cuantas pesquisas se habían hecho habían sido infructuosas, y que tenía sobre sí la deshonra de una quiebra fraudulenta.

Desde aquel día, la vergüenza y el dolor se disputaban el corazón de aquel hombre digno.

En vano trató de cubrir hasta donde pu-

diera la estafa de su hermano: su fortuna era muy escasa, pues toda la de su hermano procedía de una herencia que había tenido en su primera juventud.

Además, el doctor no conocía siquiera á las familias que habían depositado su confianza en su culpable hermano; y todo lo que pudo hacer fué ir al instante á Madrid para alcanzar la libertad del honrado dependiente, quien, en efecto, salió libre de su prision.

Entonces fué cuando la caridad del doctor tomó un vuelo mucho más elevado: no había desgraciado á quien no socorriera; y de ese modo su corazón se aliviaba algún tanto del peso que le agobiaba á todas horas.

Esther había manifestado una prodigiosa disposición para la pintura y para la música: deseosa de pintar con buenas luces y sin que nadie la incomodase, y amante además de todo lo que es poético y alegre, la jóven había alcanzado de su madre que le permitiese establecer su gabinete de estudio en un cuartito situado junto á las boardillas de la casa; pero que, por la igualdad de su techo y pavimento, tenía cierto aspecto de decencia.

Todos los días, despues de dar su lección de música, subía con su aya á su cuarto de pintar, y en él pasaba las tres ó cuatro horas más dichosas de su vida.

Esther era una verdadera artista de corazón y de genio.

Una mañana que había subido antes de costumbre, vió un espectáculo que la divirtió mucho.

En el mismo tejado donde caían las dos ventanitas de su cuarto de estudio, una niña, sentada al sol, vestía una muñeca.

Pero ¡qué muñeca!

Figuraos, lectoras mías, la más heterogénea reunión de lujo y de miseria, de belleza artística y delicada y de trapos.

La muñeca tenía una cabeza de cera, tan hermosa y bien concluida que parecía de carne: era blanca y rosada, con brillantes ojos azules y boca pequeña, de color de coral.

Vestían sus sienes algunos rizos de cabellos castaños no muy limpios y cuidados; pero la parte posterior de la cabeza había perdido la peluca destinada á cubrirla, y presentaba una calvicie espantosa.

El cuerpo de la muñeca no correspondía

ciertamente á su bella cabeza: era hecho de trapos, y de unas formas tan grandes y obesas que cualquiera hubiese dicho que padecía de hidropesía.

Entre el cuerpo feo y la bella cabeza de aquel ser inanimado, la magnificencia ostentaba de nuevo sus deslumbradores cambiantes: el vestido era un conjunto de telas lindas, de galones y flequillos de plata y de tules vaporosos.

Sin duda su trage habia resumido todos los retazos, memoria de la pasada opulencia en que habian vivido doña Clara y sus hijos.

Sentada Mercedes al sol, jugaba con su muñeca, olvidándose del mundo entero: la mecía cantando: luego, irritada con sus lloros imaginarios, la regañaba reconviniéndola por haber perdido su gorrito con cintas y plumas, que tan caro le habia costado.

Era tan graciosa la charla de la niña, que Esther, que ya tenia la formalidad de un artista, soltó una sonora carcajada.

Mercedes se volvió llena de rubor y vió el gracioso busto de la jóven pintora junto al marco de la ventana.

Desde la figura principal, sus ojos baja-

ron á los objetos adyacentes y se fijaron en la hermosa maceta de porcelana blanca llena de violetas.

—¡Qué bonitas flores! exclamó sin poder reprimir la cándida admiración que las flores, y sobre todo, las violetas, inspiran á las niñas.

—¿Quieres que te haga un ramillete con ellas? preguntó Esther con esa franqueza tan amable, propia de los primeros años de la juventud.

—Muchas gracias, contestó Mercedes levantándose y haciendo una cortesía, en tanto que su bella vecina cortaba con unas tijeras algunas violetas.

—Voy á hacerte un ramo, dijo Esther: acércate.

Mercedes obedeció; y Esther formó un pequeño ramo, atándolo despues con una cinta color de rosa que desató de un cucurucho de dulces puesto sobre una mesita de labor.

Luego tomó tambien el cucurucho y dijo á Mercedes:

—Toma, querida mia, estas flores para que te acuerdes de mí; y estos dulces para que los comas en mi nombre.

—Muchas gracias, dijo Mercedes, y adios.

—Mañana estaré aquí tambien, añadió Esther: ¿subirás á jugar al sol con tu muñeca?

—Sí, contestó la niña.

—Pues adios.

—Adios.

Cuando Mercedes entró en su habitacion, el perfume de las violetas llegó al instante á su hermano.

—¿Traes flores? le preguntó.

—Sí, respondió la niña: traigo unas violetas que me ha dado una hermosa señorita, vecina nuestra: esa que vemos ahí enfrente detrás de los cristales algunas veces.

—¡Que vemos! repitió dolorosamente el ciego.

—Mamá sí la habrá visto, repuso sencillamente Mercedes.

—Sí que la he visto, y es muy bella por cierto, observó su madre; ¿pero cómo la has visto arriba?

—Estaba yo en la ventana de la boardilla, y ella en la de un cuartito que le sirve de gabinete de estudio, porque estaba sentada junto á ella y pintando: dije que eran bonitas las flores, y cortó con sus tijeras

este ramito que me echó despues con estos dulces: toma, hermano.

—Los dulces para tí, respondió Guillermo; pero dame las flores: ¡oh, qué hermoso es su aroma! Yo amo con pasion los perfumes, però desde la muerte de mi padre no los usamos nunca.

—Te compraré perfumes, hijo mio, dijo ahogando un suspiro doña Clara.

—¿De violeta, mamá?

—Sí, de violeta.

—Es, para mí, el más fresco y hermoso de todos los perfumes, dijo Guillermo con voz baja y como meditando profundamente al mismo tiempo que hablaba: paréceme, continuó, que refresca y consuela á la vez el alma y el cerebro.

—Pues yo lo que quisiera, repuso alegremente Mercedes, es tener una maceta como la que tiene la señorita de enfrente: ¡qué violetas! ¿Cuánto más valen las flores que el aroma que de las mismas se saca? Las flores, tan hermosas, tan aterciopeladas... ¡ah! la mitad de lo que tengo daría yo por un tiesto de violetas.

Una sonrisa dolorosa pasó por los labios de la desgraciada madre, al oír decir á su

inocente hija que daría la mitad de lo que tenía por unas pocas flores: la pobre niña no tenía nada... nada más que dos vestidos tan viejos que ya no podían servirle.

¡Dichosa edad en que se ignora lo que es dolor! ¿Por qué pasas tan pronto para nunca más volver?

Al día siguiente, subió Mercedes al tejado y halló á su nueva, ó más bien á su única amiga, sentada delante de su caballete.

Mercedes no subía aquel día con su muñeca, sino que llevaba en la mano un bordado primoroso, pero mal ejecutado en la parte que tenía terminada.

Esther la invitó á entrar en su cuarto de estudio; pero Mercedes se resistió á ello.

¿Por qué?

Ni ella misma hubiera podido decirlo.

Era, sin duda, por esa especie de rubor que acosa á los desgraciados delante de las personas dichosas, y el cual, aunque no había podido abrirse paso todavía en el corazón de Mercedes, sentía ya por ese delicado instinto de las almas nobles y sensibles.

Esther, llevada de esa afición propia de su edad de poner la mano en cuanto hacen los demás, dejó su pincel y tomó el borda-

do de Mercedes, trabajando en él con mucha afición y primor, mientras la dueña del bordado contemplaba arrobada las violetas.

Cuando bajó á su casa, doña Clara se admiró de la delicadeza del bordado de Mercedes.

De esta suerte habían pasado algunos días hasta el en que Esther pudo remediar la afición de doña Clara, cediéndole el palco del teatro del Príncipe, su propio dinero, y después el carruaje de sus padres.

No le fué difícil á la hermosa jóven lograr todo esto: vamos á decir de qué modo lo consiguió.

Esther tenía una madre tan buena y cariñosa como generalmente lo son todas las madres; porque habeis de saber, lectores míos, que lo más difícil de hallar en este mundo es una mala madre.

Pocas había que pudieran compararse á la de Esther.

Era, sin embargo, el amor que tenía á su hija uno de esos afectos fuertes, dignos y exentos de toda debilidad, y su hija, al mismo tiempo que la respetaba como madre,

confiaba en ella como en su mejor y más tierna amiga.

Revelábale sus pequeños pesares y sus inocentes alegrías, y ni una sola vez la buena madre dejó de consolar aquellos ni de tomar parte en estas.

Así, pues, el mismo día de su impensado conocimiento con Mercedes le dió parte de él, y le fué refiriendo todas sus conversaciones de los días siguientes con la mayor sinceridad.

Por estas confidencias conoció la señora de Valladares que muy cerca de ella y de su familia había otra inmensamente desgraciada.

Pero no le quedó tampoco la más leve duda de que aquellos infortunados pertenecían, por su educación y por el rango que antes habían tenido, á una clase decente de la sociedad.

No se atrevió, por lo tanto, á decir á su hija que ofreciese dinero á la pobre niña que veía todos los días; porque la madre de Esther no sabía que Mercedes cruzaba, con exposición de su vida, el ancho tejado, á la manera de una gata jóven y traviesa.

Un día, sin embargo, el mismo en que

Mercedes contó llorando á su amiga que no podían llevar á Guillermo al teatro por no tener dinero, la señora de Valladares siguió á su hija al cuarto de estudio.

El aya de Esther la vió entrar; mas la jóven, ocupada en pintar el ramo de violetas, que eran sus flores favoritas, no se apercibió de la presencia de su madre.

Esta hizo señas al aya para que se callase, y se ocultó detrás de una cortina.

Esther cantaba á media voz y pintaba con suma atención: tenía delante y puesto en un vaso de cristal un ramillete de violetas, atado con una cinta rosa, del todo igual al que pocos días antes había dado á Mercedes, y que copiaba en un lienzo extendido en su caballete.

Aquel cuadro tenía su objeto: dentro de algunos días era el cumpleaños de Mercedes, y Esther quería regalárselo para que perpetuase la memoria de su amistad.

Cuando Mercedes contó á su amiga el dolor de su madre, la madre de Esther asistió á la conferencia; y no bien la sombra de la noche principió á invadir el cuarto de estudio, salió de él y bajó á su habitación.

Cuando Esther, movida por su excelente

corazon, bajó corriendo á pedir á su buena madre que cediese el palco á su amiga, aquella la oyó con extrañeza y pareció ceder por el gusto que tenia en complacer á su hija, añadiendo, no obstante, que no quería privarse de ver la funcion y que iba á enviar por otro palco.

En efecto, el palco se halló justamente enfrente del que habian cedido á sus vecinos, y durante la representacion advirtió Esther que sus padres hablaban mucho en voz baja señalando el palco de enfrente.

Más de una vez, al ver á aquella pobre familia que se ocultaba avergonzada de su propia miseria, al pensar en el sublime sacrificio de aquella madre infeliz, los ojos de la señora de Valladares se llenaron de lágrimas.

Solo una madre, en efecto, podria comprender los inmensos pesares de doña Clara é identificarse con ellos.

Cuando terminó la representacion, y al ver que la señora de Rocamora no hallaba un carruaje para su hijo, Esther alzó tímidamente hácia su madre su limpida mirada azul; y su madre, que la comprendió, le respondió estrechándole la mano:

—Haz lo que quieras.

Entonces fué cuando la jóven ofreció á la señora de Rocamora el carruaje en nombre de sus padres.